

La nóuple modificación de la razón poética con respecto a la razón racionalista.

Un aspecto de la aportación de María Zambrano

[Luis Rosa Invernón¹](#)

La aportación filosófica de María Zambrano se encuentra en nuestros días en proceso de análisis y valoración. Si bien son ya muchos los que conocen su pensamiento y han descubierto en él una profundidad filosófica pocas veces alcanzada en la historia del pensamiento, son más los que siguen colocándola despectivamente en el mundo de la literatura, vaciando de todo valor su aportación al mundo de la filosofía. Se nos ocurren algunas razones que han podido llevar a esto último. La mejor de ellas es la que afirma el valor literario inmenso de toda la obra zambrana, cosa cierta de todo punto, pero que no puede hacernos pasar por alto el significado de sus escritos. Si nos paramos en la belleza de la expresión y ésta no nos ayuda a realizar el camino que ahonda en la profundidad de lo real, en la verdad, entonces estamos leyendo por encima, de forma superficial, y esto ha ocurrido con los textos de la malagueña. Otra de las posibles razones, y me consta que esto es así, es la dificultad de su pensamiento, que lleva a muchos a excusarse de su lectura arguyendo que María Zambrano nunca hizo filosofía "de verdad". No es lugar ahora de ahondar en esto, que requeriría una larga serie de citas y reflexiones, aunque esperamos que tras la lectura de estas líneas quede para el amable lector la curiosidad con respecto a la obra zambrana. Aquí nos ocuparemos tan sólo de la que quizá sea su aportación más conocida (y también la peor conocida): la modificación de la naciente razón poética con respecto a la razón racionalista.

que introducir una de las nociones clave en el pensamiento de María Zambrano, la noción de horizonte. Dice María Zambrano en *El hombre y lo divino* que el "horizonte es la forma de visibilidad de la realidad"². Tal forma es la unidad que queda configurada en el encuentro del hombre con la realidad. Es el hombre el que, en tanto que realidad capaz de acción libre, se lanza al conocimiento de una realidad que se le ofrece reclamándolo. Y este lanzarse al conocimiento de la realidad puede el hombre realizarlo de muy diversos modos. Son los modos de su razón. Para Zambrano esto es fundamental, pues no siempre ha sido evidente que puedan existir diversos modos de razón; más bien se creía lo contrario: "Durante mucho tiempo - siglos- se ha creído que la inteligencia era de naturaleza inmutable y eterna; algo inalterable que pasaba por el mundo sin romperse ni mancharse. Pura, permanente e intemporal, no tenía propiamente historia. No cabía desentrañar lo que a la inteligencia le pasaba porque en realidad no podía pasarle nada, como nada le pasa a la luz que atraviesa cosas y sucesos, haciéndonoslos ver sin alterarse. La inteligencia era una forma pura que no participaba de las conmociones de su objeto, ni tampoco de ninguna de las conmociones del hombre, por profundas que sean"³. Pero la razón occidental, tras haber apurado sus límites, ha sido puesta en cuestión, y su misma insuficiencia reclama la puesta en marcha de un nuevo modo de razón dentro de los diferentes modos de intelección que el hombre puede poner en marcha. Esta puesta en marcha de un determinado modo de intelección hace que las cosas se presenten como ofrenda de la realidad en el horizonte que la inteligencia crea en su contacto con la realidad. El horizonte varía cuando la actitud intelectual, cognoscente, se modifica. Y siendo cierto que el horizonte posibilita un cierto tipo de trato con la realidad y, por tanto, del hombre consigo mismo y con los demás, para María Zambrano será fundamental proponer un nuevo modo de razón que abra al hombre a un nuevo modo de trato con la realidad y que dé lugar a una nueva sociedad; un nuevo modo más humano, que permita al hombre continuar andando el camino de su liberación, que es su realización, el cumplimiento de su vocación.

Para entender esta modificación tenemos

"Se trataría -dice Zambrano-, por tanto, de

¹ Doctor en Filosofía, Miembro del Instituto Emmanuel Mounier España. (Ver más en nuestro [link de Autores](#)).

² Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, F.C.E., Madrid, 1993, p. 193.

³ Zambrano, M., *Senderos*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1986, p. 29.



descubrir un nuevo uso de la razón, más complejo y delicado, que llevará en sí mismo su crítica constante, es decir, que tendría que ir acompañado de la conciencia de la relatividad"⁴. Conciencia de relatividad no es un relativismo que termina negando la posibilidad de conocer la verdad sino, al contrario, un relativismo positivo: "quiere decir que la razón humana tiene que asimilarse el movimiento, el fluir mismo de la historia, y aunque parezca poco realizable, adquirir una estructura dinámica en sustitución de la estructura estática que ha mantenido hasta ahora. Acercar, en suma, el entendimiento a la vida, pero a la vida humana en su total integridad, para lo cual es menester una nueva y decisiva reforma del entendimiento humano o de la razón, que ponga a la razón a la altura histórica de los tiempos y al hombre en situación de entenderse a sí mismo"⁵. Y esto sin perder de vista que "lo relativo siempre lo es respecto a un absoluto, un eje inmóvil"⁶.

Esta razón naciente a cuya aurora estamos asistiendo⁷ supone una tremenda modificación - una radical reforma del entendimiento- con respecto a la razón racionalista. Esta es la nóuple modificación de la razón poética con respecto a la razón racionalista:

a) Ampliación del horizonte de intelección (razón abierta)

En primer lugar, y en referencia al horizonte de intelección, la razón poética supone una ampliación del horizonte de intelección con respecto al horizonte en el que se movía la razón racionalista. La razón racionalista trata de establecer su imperio sobre la realidad, forzando a las cosas a amoldarse a sus parámetros, tremendamente estrechos, para generar un "saber de la razón que domina"⁸. La razón poética quiere dejar ser a la realidad, dejarla aparecer y mostrar sus colores, su sentido, su amplitud y riqueza. Dice María Zambrano en *De la aurora* que "los indiscernibles lo son, se quedan en serlo, a causa de una estrechez de horizonte de una

razón más establecida que vivida, de una matemática apresurada y por lo mismo inevitablemente abreviada, como si no tuviera lugar para tan íntimos seres"⁹.

Y es que la estrechez de la razón se convierte en estrechez del horizonte, y la violencia de la acción imperante de la razón sobre la realidad revierte sobre el hombre encarcelando su misma realidad. Los barrotes de la razón racionalista son para el hombre cárcel de la que necesita escapar, huir, liberarse. Pero sólo logrará hacerlo dejando de crear esos barrotes que delimiten su ser, esas rejas altísimas de humo que impiden a la realidad mostrarse en verdad. La razón poética deja que la realidad aparezca transparente, liberando así las zonas condenadas por la razón dominadora: "Era necesario topar con esta nueva revelación de la Razón a cuya aurora asistimos como Razón de toda la vida del hombre. Dentro de ella vislumbramos que sí va a ser posible este saber tan hondamente necesitado. El cauce que esta verdad abre a la vida va a permitir y hasta a requerir que el fluir de la psique corra por él. Tal es nuestra esperanza"¹⁰. Y es que la razón poética responde al anhelo metafísico que el hombre lleva grabado con fuego en su carne, anhelo de liberación y realización, anhelo de comunión en el amor, por eso en su venida está nuestra esperanza.

b) De lo lógico a lo metafísico (razón metafísica)

La razón poética es, por tanto, un método particular, el camino intelectual y vital mediante el cual el hombre va realizando su vocación. Los frutos de la razón racionalista empleada como método no han permitido al hombre andar ese camino. "Surge todo método de un instante glorioso de lucidez que está más allá de la conciencia y que la inunda. Ella, la conciencia, queda así vivificada, esclarecida, fecundada en verdad por ese instante. Si el método se refiere tan sólo al conocimiento objetivo, viene a ser un instrumento, lógico al fin y sin remedio, aunque vaya más allá del

⁴ Ibidem, p. 79.

⁵ Ibidem, p. 79-80.

⁶ Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Ed. Siruela, Madrid, 2004, p. 46.

⁷ "Tal sentimos ante la revelación que nos ofrece la Razón desde su nuevo sentido. Camino, cauce de vida". (Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Ed. Alianza, Madrid, 2000, p. 24).

⁸ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 25.

⁹ Zambrano, M., *De la aurora*, Ed. Tabla Rasa, Madrid, 2004, p. 56.

¹⁰ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 30.



'Organon' aristotélico. Y queda entonces como instrumento disponible a toda hora. Mas no a toda hora el pensamiento sigue la lógica formal ni ninguna otra por material que sea. La conciencia se cansa, decae y la vida del hombre, por muy consciente que sea, y por muy amante del conocer, no está empleada continuamente en ello. Y queda así desamparado el ser, queda librado a todo lo demás que lleva en sí, y que si ha sido avasallado, amenaza con la rebelión solapada y con la simple y siempre al acecho inercia.

Y así sólo el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible, daría resultado"¹¹. Es necesario, por tanto, integrar la razón lógica en una nueva razón metafísica capaz de abrazar la realidad con ternura, de acogerla en su corazón, que eso es lo que la realidad demanda al hombre. "La fysis - término que, como se sabe, pertenecía al lenguaje de los misterios, era, pues, lo más sagrado, lo que no debería haberse alterado nunca, lo que en términos kantianos se diría lo dado- ha decaído en ser dato, dato sin apelación, imperante, ciego y mudo, dato.

Tendría, pues, que aparecer una razón donde los datos, incluidos los del más implacable análisis, sean al par forma y figura, símbolo portador de lo más interior de la razón, tal como si ella, la razón, fuese a recobrar su intensidad, su íntimo aliento y volver a ser brisa, es decir, acompasado respiro de la naturaleza misma; la naturaleza así podría ser llamada o entendida de nuevo verdaderamente como fysis. Vida y razón a un tiempo, dispensadas de la justificación con tal de que den aliento de fuego sutil en ocasiones, y gracia, y nos muestren los abismos de que el ser está rodeado, abrazándolos"¹². Una razón que abrace la realidad sin escindirla, recorriendo sus profundidades y prestando oído a su revelación.

La aurora de la razón poética es la recuperación de la verdad metafísica, la verdad real, global, total, y sobre todo vital. No una verdad lógico-

matemática que no cala en el corazón del hombre ni desvela la esencia profunda de la realidad y del hombre mismo, sino una verdad humana -o al menos humanizada, encarnada- que toca la realidad más íntima del hombre"¹³.

c) Profundización en la realidad (razón contemplativa)

Razón poética es razón contemplativa. La contemplación es un modo particular de visión, de visión en unidad que ejerce la persona al ser tocada en su íntimo fondo, en su originario sentir, por la realidad. No hablamos por tanto de la mirada contemplativa como acción realizada con los ojos, pues así miramos siempre que miramos. Nos referimos a algo mucho más serio: mirar con los ojos... del corazón.

El corazón, órgano unificador de la persona, intimidad desde la que el hombre abre su ser a la realidad poniendo en juego toda su carne. La mirada desde el corazón es mirada contemplativa, tierna, no violenta, capaz de penetrar en lo profundo de la realidad y descubrir su esencia. "Profundo - indica María Zambrano- es aquel espacio creado por la acción de algo no hecho para estar en el espacio y que lo crea para que alguien que vive en el espacio y anda por él, pueda entrar en su contacto"¹⁴.

Lo profundo es un espacio que está ahí, no lo crea el hombre. Pero ese espacio está ahí para que podamos acceder a su través a algo que en principio nos resulta desconocido. Pero, si bien no es el hombre el creador de lo profundo, sí podemos reconocer 'algo' como autor de esta profundidad. La profundidad está puesta ahí, como espacio que da acceso a un no-espacio, con una intención. La intención es que podamos tener acceso a una verdad que muchas veces se ha creído callaban las apariencias. "Las apariencias no son la verdad", diría Platón. Mas las apariencias no existen, existe la realidad, que da de sí y se entrega, se manifiesta, se muestra en la luz. Lo que se ha venido llamando

¹¹ Zambrano, M., *Claros del bosque*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1986, pp. 14-15.

¹² Zambrano, M., *De la aurora*, p. 54.

¹³ "Hay verdades, las de la ciencia, que no ponen en marcha la vida. Las verdades de la vida son las que, introduciéndose en ella, la hacen moverse, ordenadamente; las que la encienden y sacan de sí, haciéndola trascender y poniéndola en tensión" (Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 90).

¹⁴ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 68.



'apariciones' a lo largo de la historia de la filosofía no es lo contrario a la verdad, sino camino de acceso a la misma. Pues la realidad, en su manifestación, en su aparición al ser bañada por la luz, se nos regala en un determinado horizonte, y nos invita, creando el espacio de lo profundo, a ir más allá. Y a esto, a ir más allá, se le llama trascender. Lo profundo nos pone en camino hacia lo trascendente. Por eso el hombre, como bien dice Zubiri, vive constitutivamente en hacia¹⁵.

Esta vida, lanzada por la estructura misma de la realidad y de la inteligencia humana hacia lo trascendente a través de lo profundo, es invitación al conocimiento de la verdad. Por eso puede decir Zambrano que "lo profundo es una llamada amorosa"¹⁶.

Y es que el amor es exigencia de conocimiento en libertad. "Cuando el sentido único del ser se despierta en libertad, según su propia ley, sin la opresiva presencia de la intención, desinteresadamente, sin otra finalidad que la fidelidad a su propio ser, en la vida que se abre. Se enciende así, cuando en libertad la realidad visible se presenta en quien la mira, la visión como una llama. Una llama que funde el sentido hasta ese instante ciego con su correspondiente ver, y con la realidad misma que no le ofrece resistencia alguna"¹⁷. La razón contemplativa funde el sentido de la realidad, lo encuentra unificado, lo descubre bajo el calor del amor. Y es que, si bien la mirada fría y rígida de la razón occidental, despegada de la carne, no podía dar cabida a una verdadera revelación de amor, la razón contemplativa, máximamente pasiva y máximamente activa a un tiempo, es capaz de reflejar en el mar de su alma la forma y la figura de la verdad. Es una razón capaz de dar cobijo a la verdad, de ser su hogar y su templo. Por eso quien vive contemplando es templo de la verdad; ésta lo habita, toma presencia en su interior y lo moldea para poder transparentarse, para darse a conocer a otros.

La razón contemplativa hace al hombre más transparente: "Transparente es algo que decimos en alabanza de un cristal, por ejemplo, de una cosa que es el medio para dejar pasar otra. Y no es condición

contraria, la profundidad, cualidad que igualmente adjudicamos a un alma superior. Un alma clara y profunda... ¿para qué última función de su vida necesita el hombre tenerla?, ¿qué tiene que dejar pasar el alma a través de su transparencia, qué hondas raíces tiene que albergar en su profundidad?"¹⁸. El amor será la respuesta.

d) Recuperación de los sentidos (razón sentiente)

Para ampliar el horizonte de intelección se hace necesaria una nueva reflexión sobre las relaciones entre la inteligencia y los sentidos. Y quizá la mejor aportación para la resolución de este problema la haya realizado Zubiri¹⁹. Según el profesor de María Zambrano la filosofía griega y la medieval entendieron el inteligir y el sentir como actos de dos facultades esencialmente distintas, estando esta distinción determinada por la acción de las cosas. Pero Zubiri no se centra en el análisis de las facultades, sino en los actos mismos de inteligir y sentir en tanto que hechos bien constatables.

A partir de la filosofía moderna, el inteligir y el sentir han sido interpretados como modos de conciencia, pero esto no responde a los hechos, pues la conciencia no tiene sustantividad alguna, y no puede ejercer actos. Además, la conciencia siempre es el darse cuenta de algo que ya está presente, y este estar presente no viene determinado por el darse cuenta. Para Zubiri, que busca la índole propia del inteligir y el sentir como actos, lo importante no es la facultad ni la conciencia, sino la aprehensión, que es el hecho de que me estoy dando cuenta de algo que me está presente.

Para hallar la índole propia de estos actos Zubiri se adentra en el análisis de la aprehensión sensible. Sentir es un proceso unitario en el que se pueden distinguir tres momentos: suscitación, modificación tónica y respuesta. Este proceso de la aprehensión sentiente tiene una estructura formal determinada que consiste en ser aprehensión impresiva. La impresión, a su vez, está estructurada en tres momentos: afección, momento de alteridad

¹⁵ Cfr. Zubiri, X., *Inteligencia y realidad*, Ed. Alianza, Madrid, 2006, pp. 101-102.

¹⁶ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 68.

¹⁷ Zambrano, M., *Claros del bosque*, p. 51.

¹⁸ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 34.

¹⁹ Cfr. Zubiri, X., *Inteligencia y realidad*, cit.



y fuerza de imposición. Impresión es afección del sentiente por lo sentido, es la presencia de algo otro en afección y es imposición de esto otro al sentiente.

En el momento de alteridad se nos hace presente algo otro con un contenido propio y una formalidad determinada. El contenido es lo que queda ante el sentiente como algo otro. La formalidad es la forma de quedar ante el sentiente de eso otro. Según esta forma o modo de quedar en el proceso de aprehensión sentiente, existen dos modos de aprehensión sensible: la aprehensión de estimulidad y la aprehensión de realidad. Estimulidad y realidad son dos formalizaciones distintas. La primera es impresión animal, la segunda es impresión humana, del especial animal humano. En la aprehensión de estimulidad el animal aprehende lo otro como un estímulo, como un signo que le impulsa a llevar a cabo una respuesta determinada. Esta es la aprehensión sensible en el puro sentir, en el sentir sin más.

Pero existe otro tipo de aprehensión, la aprehensión de realidad, en la que lo aprehendido queda como algo en propio ante el sentiente. La gran mayoría de las impresiones humanas son meramente estímúlicas, pero lo específicamente humano es la impresión de realidad. El hombre no sólo siente el calor, sino que siente que el calor es caliente; siente el calor como una realidad de suyo.

Y aquí Zubiri encuentra un gravísimo problema al que dará una original solución: la impresión de realidad, en la medida en que es impresión, es un acto de sentir; pero en cuanto la impresión es impresión de realidad, el acto es intelectual. Y ambos aspectos del acto (el sensitivo y el intelectual) son aspectos de un sólo acto. No es que el hombre realice dos actos simultáneos, uno de sentir y otro de inteligir, sino que el hombre entiende sentientemente, en un sólo acto. Su acto es intelección sentiente. El acto cognoscitivo primordial del hombre es por tanto la inteligencia sentiente de la realidad.

Así rompe Zubiri el dualismo gnoseológico existente hasta entonces, que se había radicalizado en la modernidad con el racionalismo y el empirismo. El acto primario y radical de aprehensión

humana es intelección. Después, en este mismo acto de aprehensión se darán modos de intelección ulteriores, estudiados por Zubiri en *Inteligencia y logos* y en *Inteligencia y razón*, los dos volúmenes que cierran la trilogía *Inteligencia sentiente*.

Zambrano, subiéndose a los hombros de su maestro y amigo Zubiri, puede ver más allá. La aurora de la razón poética pasa necesariamente por la recuperación de los sentidos. "¡Cuántos saberes - exclama Zambrano - resultado de una vida de brega con las pasiones habrán quedado en silencio por la falta de horizontes racionales en que encajarse, por falta de coordenadas adecuadas a qué referirse! Sin este horizonte de un saber radical, el saber acerca de las pasiones, del amor, del odio, quedaba sin apoyo, flotando en un terrible aire de confesión o, lo que es peor, de confidencia"²⁰. Con la recuperación de los sentidos y su integración en el ámbito de la razón, que es estructuralmente sentiente, se comienza el rescate de lo humano, se abre el camino hacia una razón no sólo sentiente sino entrañable. Pues si "el entendimiento, órgano de la verdad, es como dice Aristóteles 'impasible', y la vida es pura pasividad"²¹, se hará necesario conjugar ambos no superficialmente, sino en profundidad, para que el órgano de la verdad, el entendimiento, no deje fuera de sí a la vida.

e) Rescate de lo humano
(razón entrañable)

La razón poética es razón salvadora y sanadora, pues intenta que nada de lo humano le sea ajeno. El esfuerzo de María Zambrano -su esfuerzo que fue hacerse disponible a la luz para alumbrar al hombre, hacerse transparente para dejar a la luz recorrer su propio camino- es un esfuerzo de recuperación de todo aquello que yacía encerrado y condenado. Todo encierro es una condena cuando la vocación de lo encerrado es la comunicación en libertad, la vida compartida en comunión verdadera de amor. Y eso es lo que había ocurrido históricamente con las entrañas, que son el motor de la vida. Pensamiento y vida vivían un permanente divorcio, pues el pensamiento, ensoberbecido, había perdido sus raíces y pretendía volar sin compromiso. Su compromiso, su responsabilidad para con las entrañas que lo hacen

²⁰ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 30.

²¹ Zambrano, M., *La confesión: género literario*, Ed. Mondadori, Madrid, 1988, p. 8.



posible, que trabajan sin cesar. Las entrañas olvidadas, desatendidas, maltratadas, vivían la condena en silencio, y su mismo silencio es siempre derrota de lo humano. Ellas, las entrañas, cuya esencia misma es la pasividad, no podían ser consideradas por la razón: "Impasibilidad, independiente, han sido las notas del entendimiento en la Filosofía que lo descubrió en su plenitud"²². Una razón impassible no quiere saber nada de la vida y, cuando se acerca a ella, ésta tampoco puede acogerlo, pues es casi infranqueable la distancia que los separa: "El pensamiento flota desasido al no transformar la vida, al no ser acogido por ella y aceptado"²³.

Por eso "el drama de la Cultura Moderna ha sido la falta inicial de contacto entre la verdad de la razón y la vida. Porque toda vida es ante todo dispersión y confusión, y ante la verdad pura se siente humillada. Y toda verdad pura, racional y universal tiene que encantar a la vida; tiene que enamorarla"²⁴. Y si la razón racionalista no enamora a las entrañas es precisamente porque ha dejado fuera de sí al amor. Es una razón descorazonada, y el corazón es el símbolo de la unidad. Una razón que no asuma al corazón es una razón fragmentadora, desgajadora. Lo humano queda desgajado por la razón racionalista; pero la figura rota del hombre pide siempre ser recompuesta, ser unificada: la vida es ese camino de unificación. La unidad de vida y pensamiento es requisito para una plena realización del hombre, ya que "la vida no puede soportar la razón cuando ésta no se ha dignado contar con ella, cuando no ha descendido hasta ella ni ha sabido tampoco enamorarla para hacerla ascender"²⁵. Y ese descenso necesario para rescatar a la vida es lo que emprende María Zambrano.

Se trata de transformar la razón racionalista en razón cordial. Si el corazón es el símbolo unitario de la persona, su mismo centro vital, la razón cordial, una razón enraizada en el corazón, es la mediación necesaria para rescatar los estratos de vida que habían sido condenados por la razón racionalista. "¿Será una simple metáfora la 'visión por el corazón'? La metáfora de la visión intelectual ha sido - nadie podrá negarlo- la definición de una forma -

hasta ahora la más decisiva y fundamental- de conocimiento"²⁶. Pero esta forma decisiva y fundamental de conocimiento precisa ser superada, ahondada, humanizada. El conocimiento está llamado a ser co-nacimiento del hombre y de la realidad: hombre nuevo que a través de un modo de intelección nuevo descubre una realidad naciente, que surge desde su fondo absoluto, fuente de la vida. Así pues, urge que el corazón ocupe su lugar de centro de la vida y del conocimiento.

Escribe María Zambrano en *Hacia un saber sobre el alma*: "lo primero que sentimos en la vida del corazón es su condición de oscura cavidad, de recinto hermético; viscera; entraña. El corazón es el símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida, la entraña donde todas encuentran su unidad definitiva, y su nobleza. (...) El corazón es viscera más noble porque lleva consigo la imagen de un espacio, de un dentro oscuro, secreto y misterioso que, en ocasiones, se abre. Este abrirse es su mayor nobleza, la acción más heroica e inesperada de una entraña que parece al pronto, no ser otra cosa que vibración, sentir puramente pasivo. Signo de generosidad porque indica que aquello que primariamente es sólo pasividad - acusación- se transforma en activo. Y que es tan pasivo que no deja de serlo al actuar, es el ofrecimiento de aquello que no tiene otra cosa que integridad. Suprema acción de algo que sin dejar de ser interioridad la ofrece en un gesto que parece podría anularla, pero que sólo la eleva"²⁷.

Interioridad que se entrega, que se da, sin dejar de ser interioridad, sin romper la intimidad, abriendo lugar para el otro en el propio interior. El corazón es centro de la vida porque es también lugar de la comunicación verdadera, de comunión interpersonal. La razón poética no es razón individualista, sino razón personalista y comunitaria: la persona sólo se realiza en comunión de amor. Y esta comunión es posible siempre que se salga al encuentro del otro desde el corazón: "Interioridad abierta; pasividad activa. Tal parece ser la vida primera del corazón"²⁸.

²² Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 67.

²³ Ibidem, p. 77.

²⁴ Zambrano, M., *La confesión: género literario*, p. 8.

²⁵ Ibidem, p. 10.

²⁶ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 61.

²⁷ Ibidem, p. 65-66.



El corazón que es director de la orquesta de las entrañas, que siempre van tocando su música callada, humilde, su música que es su esfuerzo perseverante y fiel a la realidad. El pensamiento debe nacer enraizado a las entrañas para hacer oír su música, para sacar a la luz su esfuerzo continuado²⁹. Así, dice Zambrano: "El pensamiento abre lugar a ciertas realidades íntimas no reductibles a objeto, realidades que necesitan de un respaldo vivo, de una existencia singular que la sostenga, pues ellas no quieren ser transformadas en objeto. Son las entrañas que quieren vivir como tales entrañas. El corazón que aspira a la vida que le corresponde como tal, corazón que no quiere ser transmutado en objeto de condición distinta, ser asimilado por la razón, por ejemplo, o disuelto por ella"³⁰.

Así, el corazón es el órgano unificador de vida y pensamiento. Unidad que sólo es viable para el corazón transparente que elimina las opacidades que impiden que la luz llegue al mundo y alumbre la realidad desde dentro, en profundidad, desarrollando una metafísica del amor que nos lleve de la violencia destructora de la razón racionalista a la paz creativa de la razón cordial.

f) De la violencia destructora a la paz creativa (razón creadora)

La razón de la filosofía moderna es un modo de intelección violento. Su violencia consiste en no dejar ser a la realidad, en forzarla, en atacarla hasta extraer de ella su último aliento. Pero cuando el hombre se dirige a la realidad de esta manera, la realidad se muestra reacia a darse a conocer en profundidad, lo esencial se esconde y lo importante se hace invisible a los fríos ojos de una razón solitaria, por ello necesita un método como camino para dominarla. "El afán de Método ha sido la característi-

ca de la mente europea acerca de la realidad. Indica la creencia de que las cosas no se revelan sin más ni más, sino que es preciso ir a buscarlas con esfuerzo dirigido. Método es camino en sentido literal, pero se nos figura más bien, cacería. Los métodos científicos europeos que han engendrado su inmensa riqueza de conocimiento, tienen mucho de violencia"³¹.

Sin embargo, si la razón moderna, con su afán de método y su falta de fe en la revelación de la realidad, tiene como actividad fundamental la cacería, la razón poética tiene como actividad fundamental la comunión, desde un convencimiento: el conocimiento sólo se da en plenitud en el amor. Fuera del amor no hay conocimiento verdadero, y por lo tanto no hay unidad entre vida y pensamiento: el hombre vive disperso. La dispersión que sentía el endemoniado, que es la que siente todo hombre cuando no vive en el amor: "Y le preguntó: '¿Cuál es tu nombre?' Le contesta: 'Mi nombre es Legión, porque somos muchos'"³².

Mas la violencia de la razón de la filosofía moderna no ha sido la única, ni quizá la principal causa de dolor para el hombre, pues "la razón de la filosofía moderna es la más violenta; por una parte, la más exigente, y por otra, y esto es lo que ha generado el rencor más que cosa alguna, no lleva dentro de sí la justificación de la esperanza humana"³³. Dejar fuera de sí a la esperanza por no hacer un hueco a la salvación, por cerrar sus fronteras a la revelación de la realidad, por no aceptar su ofrenda. Esta razón racionalista es el resultado de un tipo concreto de hombre: el hombre que se cierra sobre sí y trata, desde sus solas fuerzas, de conquistar la realidad. Pero esta cerrazón trae consigo la impotencia de la desesperanza y el rencor hacia una realidad que se escapa a la vez que se esconde, haciendo al hombre desconocerse a sí mismo.

Una razón no-violenta como la razón

²⁸ Ibidem, p. 66.

²⁹ "Poco valor tendría esta apertura del corazón si ocurriese sin participación de las demás entrañas solamente pasivas, oscuras y sin espacio que brindar -pura vibración sensible, puro trabajo también-. Si tal participación no sucediese, el corazón podría tener una vida independiente y solitaria, como la llega a tener el pensamiento. Pero la primera diferencia que salta respecto a él, es ésta de no poderse desligar, de no andar suelto, con vida independiente. Y llevar siempre adheridas las entrañas. Lo que es estar y permanecer siempre y en todo momento vivo, pues vida es esta incapacidad de desligarse un órgano de otro, un elemento de otro; esta imposibilidad de disociación que es tan arriesgada, porque al no existir separación, cuando adviene es fatalmente la muerte" (Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, pp. 66-67).

³⁰ Zambrano, M., *La confesión: género literario*, pp. 66-67.

³¹ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 129.

³² Mc 5, 9.



poética no es una razón no-transformadora. La razón poética transforma la vida, mas no lo hace forzosamente, violentamente. Su transformación es conversión en la verdad que se descubre, pues "el conocimiento cuando es asimilado no deja la vida humana en el mismo estado en que la encontró, pues de ser así no sería necesario, y los que se han ocupado exclusivamente de la aplicación técnica tendrían razón. La vida necesita del pensamiento, pero lo necesita porque no puede continuar en el estado en el que espontáneamente se produce. Porque no basta nacer una vez y moverse en un mundo de instrumentos útiles. La vida humana reclama siempre ser transformada, estar continuamente convirtiéndose en contacto con ciertas verdades. Verdades que no pueden ser ofrecidas sin persuasión, pues su esencia no es ser conocidas, sino ser aceptadas. Y cuando la vida humana no acepta dentro de sí cierto grado de verdad operante y transformadora queda sola y en rebeldía, y cualquier conocimiento que adquiera no le bastará"³⁴.

La razón poética, en cambio, es razón que se entrega en disponibilidad y en apertura a la luz: "Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que acoge donde no se padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aun sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo, sin protección"³⁵.

g) De la expresión logicista a la expresión poética (razón poética)

"La vida necesita de la verdad, mas de su verdad, es decir, de la verdad en cierta forma"³⁶. La forma que se dio a la verdad de la razón logicista no es la forma en la que el hombre necesita la verdad. La expresión fría -cuanto más fría más objetiva, cuanto más objetiva más clara y distinta, más seca, más árida- de la razón moderna no podía llegar al corazón del hombre, a la sede de su libertad, a la

carne de su sentir originario. Por eso no transformaba la vida. Esa expresión era, generalmente, Sistema, y éstos "no tienen destinatario. Las Guías y las Confesiones -explica Zambrano- muestran un extremo de la existencia subjetiva en el acto de escribir. La Confesión es el descubrimiento de quien escribe, mientras que la 'Guía' está completamente polarizada al que la lee, es como una carta. En ambas está presente el hombre real con sus problemas y angustias; el pensamiento existe únicamente como una dimensión dentro de algo más complejo: una situación vital de la que se quiere salir -la Confesión³⁷- o de la que se quiere hacer salir a alguien -la Guía-. El pensamiento está en su grado mínimo de abstracción y de generalidad. Es la razón en su forma medicinal, en su forma extrema misericordiosa, especialmente en la Guía"³⁸. Los Sistemas no tienen destinatarios; son razones de la razón que no tocan el corazón. De ellos está excluido lo humano concreto: el sufrimiento y las esperanzas del hombre. La razón poética trata de expresarse a través de múltiples géneros literarios, caracterizados todos ellos por la "forma extrema misericordiosa", razón que escucha los anhelos, padecimientos y esperanzas del corazón y que busca sanarlos. Razón sanadora, razón medicinal, razón misericordiosa.

De ahí que las verdades que acoge esta razón sanadora, esta razón pacífica y pacificadora, sean verdades para la vida. Y es que "las verdades pueden estar frente a nosotros, duras e invulnerables, estériles e impotentes a la vez"³⁹, si no hacen referencia al corazón, si se desentienden de lo humano.

La expresión poética ha tenido como herramienta fundamental a la metáfora, que "ha desempeñado en la cultura una función más honda, y anterior, que está en la raíz de la metáfora usada en la poesía. Es la función de definir una realidad inabarcable por la razón, pero propicia a ser captada de otro modo"⁴⁰. De otro modo, es decir, no sólo con la razón sino más hondamente, en lo

³³ Zambrano, M., *La confesión: género literario*, p. 11.

³⁴ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, pp. 76-77.

³⁵ Zambrano, M., *Claros del bosque*, p. 39.

³⁶ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 85.

³⁷ "La confesión no es sino un método de que la vida se libre de sus paradojas y llegue a coincidir consigo misma" (Zambrano, M., *La confesión: género literario*, p. 23).

³⁸ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 78.

³⁹ *Ibidem*, p. 85.



que Zambrano llama la experiencia irrenunciable: "La experiencia irrenunciable se transmite únicamente al ser revivida, no aprendida. Y la verdad, la que la vida necesita, sólo es la que en ella renace y revive, la que es capaz de renacer tantas veces como sea necesitada"⁴¹.

h) El amor, fuente de la razón poética (razón religada)

La razón poética es la razón entregada en disponibilidad a la fuerza sagrada del Amor; es la razón que se da como pincel para que sea el Amor mismo, desde su creatividad divina, el que dibuje un nuevo mundo y un nuevo hombre. La religación, el sentir originario de lo sagrado, es la raíz misma de lo humano; hacer transparentes estas raíces es, sobre todo, acatar que existe aquello que religa. Dios, realidad absolutamente absoluta, fundamento del hombre, realidad relativa y diversamente absoluta. Y es que acatar la religación es reconocer la presencia de Dios en la vida, su continuo darse, partiéndose y repartiéndose en cada instante, en sagrada ofrenda de amor. El hombre es absoluto, mas lo es relativamente a Dios y diversamente con sus semejantes. La primera nota, la relatividad de su ser absoluto, lo hace incondicionalmente valioso, digno: el hombre es persona; la segunda, la diversidad de su ser absoluto, hace de su ser absoluto algo comunitario⁴².

Razón religada al Amor, a Dios, que da al hombre el aliento vital y lo moviliza para conocer, para realizarse, para llegar a ser quien es. El conocimiento mismo es fruto de este impulso religioso que caracteriza la vida humana: "Lo que el hombre moviliza para engendrar la objetividad es religioso, como lo que hay en la base y fundamento de todo nuestro apego a la realidad y a la transformación que la hacemos padecer para crear nuestro mundo"⁴³. Crear nuestro mundo no sería necesario sin ese anhelo de trascendencia que inunda nuestro

corazón desbordando creatividad.

Por eso es preciso que la razón se arraigue en el fundamento absolutamente absoluto de la realidad, y para eso son necesarias fe y humildad, virtudes que precisamente están en el extremo opuesto de las que han caracterizado a la razón moderna: soberbia y desconfianza (duda). Y así, dice Zambrano: "De lo primero que la razón se ve necesitada es de fe y humildad a un tiempo. La anterior confianza en su poder y en la consistencia racional del mundo la hizo ensoberbecerse"⁴⁴.

i) Del egoísmo a la piedad (razón cordial)

La piedad es el trato adecuado con lo otro⁴⁵, y lo otro es todo aquello que hay tanto fuera como dentro de mí. Mientras que "la razón moderna no ha ofrecido nada, pidiéndolo todo"⁴⁶, la piedad, que es el ejercicio de la razón poética, se ofrece humildemente, se entrega, para después ganarse verdaderamente, convencida de que "quien más regala es quien más posee, y hay más alegría en regalar que en retener"⁴⁷.

Egoísta es aquel que sólo piensa en sí, que utiliza a los demás para su propio provecho, que no comparte lo que tiene y, por lo tanto, tampoco se comunica verdaderamente. El egoísmo culmina en el narcisismo y, como indica Zambrano, "todo narcisismo es juego con la muerte"⁴⁸. La razón moderna ha sido profundamente narcisista, y en su juego con la muerte ha acabado perdiendo, cosechando más dolor y sufrimiento que vida y esperanza. Y es que la razón moderna ha dejado escapar a la verdad en su forma viva, ha querido poseerla en lugar de dejarse transformar por ella, ya que "la verdad transforma la vida"⁴⁹. Ya dijimos anteriormente que la razón racionalista no había acogido al corazón y así se había expulsado al amor. Pero "es el amor (...) quien dispone y conduce la vida hacia la verdad"⁵⁰, no hay otra vía.

⁴⁰ Ibidem, p. 60.

⁴¹ Ibidem, p. 86.

⁴² Cfr., Zubiri, X., *El hombre y Dios*, Alianza Editorial, Madrid, 2003.

⁴³ Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, p. 118.

⁴⁴ Zambrano, M., *Senderos*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1986, p. 28.

⁴⁵ Cfr. Zambrano, M., *El hombre y lo divino*, F.C.E., Madrid, 1993, p. 202.

⁴⁶ Zambrano, M., *La confesión: género literario*, p. 12.

⁴⁷ Díaz, C., *El libro de los valores personalistas y comunitarios*, Ed. Mounier, Salamanca, 2000, p. 94.

⁴⁸ Zambrano, M., *La confesión: género literario*, p. 17.

⁴⁹ Ibidem, p. 6.

⁵⁰ Ibidem, p. 6.



Y esencial al amor es la relacionalidad. En el principio era la realidad relacionada, llamada a la comunión. El amor es el verdadero impulso de toda acción fecunda, transformadora, humana, y sólo a su través encontrará camino nuestra esperanza. Sin embargo, "mientras nos sentimos solos no podemos actuar; toda acción nacida de la soledad es anarquista, es decir, violenta y destructora. Acción típica del hombre moderno perpetrada sin haberse reconciliado consigo mismo, sin haber entrado en realidad. Acción precipitada nacida de un corazón obscuro"⁵¹. Del corazón obscuro al corazón transparente -de la voluntad de dominio a la voluntad de servicio-, ese es el camino de la razón poética, que nos abre a un nuevo horizonte de intelección.

Recordamos que el horizonte quedaba definido como la unidad de inteligencia y realidad. Desde el nuevo modo de inteligencia que revela la razón poética -razón abierta, metafísica, contemplativa, sentiente, entrañable, creadora, religada y cordial- se hace posible un nuevo horizonte: el horizonte de la diafanidad. ¿Por qué le damos ese

nombre? Precisamente porque esa es la nota que describe la cualidad del corazón humano desde el que es posible la razón poética: la transparencia, la diafanidad. Un corazón diáfano deja brotar a su través los haces de la luz divina para alumbrar toda la creación, y que además acoge en sí toda la realidad sin ponerle barreras. Un corazón diáfano que deje transparentarse nuestra esperanza, que no ahogue nuestro anhelo de trascendencia, que no frustre nuestro ímpetu ascensional: "Ser transparente es ser creído, ser mirado en caridad"⁵².

El horizonte de la diafanidad es el horizonte de la claridad en el que se acoge a la realidad en su perpetuo nacer, en su entrega dinámica, en su generosa donación: en su tiempo. Por eso desde esta nueva razón, desde la que alborea el hombre nuevo, la realidad se muestra en forma más humana: en su forma extrema misericordiosa. A atender a su revelación, a recogerla en nuestro pensar y a ofrecerla a través de nuestra palabra sanadora nos invita María Zambrano.

⁵¹ Ibidem, p. 33.

⁵² Ibidem, p. 35. Cfr. Zambrano, M., *Notas de un método*, Mondadori, Madrid, 1989, p. 77.

